

El estudio del profesor alemán sobre la Iglesia romana nos revela una imagen poco conocida de una de las comunidades más importantes de aquellos primeros siglos del cristianismo

Comienzos sorprendentes

Estamos ante una magnífica obra, que tiene como objetivo acercarse a una de las comunidades cristianas más importantes, aunque solo fuera por ser la de la capital del Imperio romano. El autor lo dice así: “Quiero conocer la vida cotidiana de los cristianos en Roma durante los dos primeros siglos de nuestra era, así como las características de su vida social” (p. 10).

Después de una introducción que presenta la entrada del cristianismo en Roma –probablemente a través de la ruta comercial–, el libro se estructura en cinco partes en las que se distribuyen los 41 capítulos que la componen: topografía (un estudio sobre los barrios romanos y la presencia de cristianos –y judíos– en ellos, con especial detenimiento en los cementerios); información (diacrónica) general sobre el cristianismo en Roma: desde los judeocristianos y cristianos de origen gentil hasta la Tradición apostólica (siglo III); investigación prosopográfica (es decir, un estudio sociohistórico a partir de las biografías –o nombres– de los cristianos conocidos, empezando por los veintiséis nombres que Pablo menciona en Rom 16 y acabando en los maestros modalistas Práxeas y Cayo, de finales del siglo II); el fraccionamiento del cristianismo romano (unas extraordinarias páginas en las que se descubre la fisonomía real de una comunidad cristiana que podría servir para contemplar –salvando las distancias y con las correcciones oportunas– las comunidades cristianas de estos

primeros siglos); observaciones finales (con consideraciones e interrogantes para futuras investigaciones, además de unos apéndices que abundan en los discípulos de Marción, la formación de personajes como Justino o Taciano, o el fraccionamiento de la comunidad judía de Roma).

La impresión que causa el libro es la de un exhaustivo estudio a partir de los datos conocidos a propósito de la comunidad romana. Hay que hacer mención especial de una concordancia de inscripciones latinas (CIL) de época imperial –generada por ordenador– de la que se vale el autor para obtener información social e histórica de los nombres que conocemos; así, por ejemplo, de los nombres citados en Rom 16 se deduce que dos de ellos eran de no cristianos –Aristóbulo y Narciso–, y que otros, sin duda, pertenecían a esclavos o libertos de esos dos amos.

Iglesias autónomas

Otro rasgo que caracteriza este libro es la imagen que se ofrece de la comunidad cristiana de Roma: una comunidad conformada por distintas “iglesias domésticas” bastante autónomas. Empezando por su distribución geográfica. Así, mientras los cristianos más antiguos estaban establecidos en el Trastévere, al oeste de la ciudad, las comunidades valentinianas del siglo II se situaban en su mayoría en el sureste de la Urbe, en Vía Latina (y, especialmente, en zonas suburbanas).

P. Lampe –basándose en testimonios antiguos (Ireneo, Justino, la Tradición apostólica...)– llega a decir

Lo recomiendo:

Porque ofrece un estudio, tan interesante como exhaustivo, de la Iglesia romana.

Otro imprescindible:

Larry W. Hurtado, *Destructor de dioses. El cristianismo en el mundo antiguo*, Ediciones Sígueme (Salamanca, 2017).



LOS PRIMEROS CRISTIANOS EN ROMA

De Pablo a Valentín

Peter Lampe

Ediciones Sígueme

Salamanca, 2023 • 608 pp.

que, “al margen de excepciones significativas [...] antes del final del siglo II –en concreto, antes del episcopado de Víctor (ca. 189-199 d.C.)–, casi ningún grupo cristiano en Roma excluyó de la comunión de los fieles a otro grupo de la ciudad [...]. Para afianzar la recíproca fraternidad y comunión espiritual, las congregaciones topográficamente separadas en la ciudad se intercambiaban, a través de sus mensajeros, porciones de la antigua hostia eucarística” (p. 455). Naturalmente, este panorama contempla comunidades que incluían a valentinianos, carpocracianos, teodocianos, modalistas o incluso marcionitas (aunque con estos la ruptura se produjo hacia el 144; los judeocristianos también rechazaban la comunión con los cristianos que no fuesen fieles a la Torá).

Una última consideración sobre la comunidad romana tiene que ver con el llamado episcopado monárquico, que al parecer fue madurando desde mediados del siglo II a partir de un sistema de gobierno eminentemente presbiteral.

Sin duda, una obra de referencia.

PEDRO BARRADO